AARÓN ROMO

Confesiones del señor Cero parte 2

(Paciente del dr. Ron)

Fragmento de la recopilación
"La Agenda del Dr. Ron"

Capítulo 1

LAS CONFESIONES DEL SR. CERO.

2

Heme de nuevo sucumbido bajo el imparable ventilador del consultorio. Siento frío pero le quito cualquier responsabilidad al aparato, o a las ventanas que transcriben el aire y una pincelada de sol sobre el escritorio. Apenas lo saludé y me senté, el vaso lleno de ron ya despedazaba la luz en sus facciones de cristal; la pequeña marea ambarina poseía un oleaje apacible dentro de su cúpula.

– No han mejorado las cosas, ¿cierto? – me dijo. Un antebrazo aplastaba al otro en complicidad del confort – Ni una sola entrevista de trabajo en un mes. No hay de qué preocuparse; de hecho, no hay por qué preocuparse. La preocupación sólo significa aceptar un problema que puede o no correspondernos, y de ahí parte para encender una mecha que estallará en cualquier momento. Piense en un incendio forestal, piense en la expansión, piense en las llamas alebrestándose, destruyendo árboles y animalitos, casas y hogares, los recuerdos de una generación completa. Así actúa la preocupación; se expande y destruye, se queda con nuestras virtudes y sólo deja cenizas, hace que sólo veamos el fuego y se nos olvide ir al pozo a traer agua para apagarlo, porque es más fácil contemplar el fuego, casi hipnótico resulta mirarlo destrozar cada cosa que nos importa o creemos que nos importa, porque en el fondo, el ser humano tiene una especie de complejo de mártir que lo vuelve vulnerable, no a los otros sino a sí mismo. Como si sufrir ante las peripecias que vemos y vivimos fuera la solución; pareciera ser que esta necesidad de culpa que nos corroe gobierna una idea más fuerte: la de la verdad, tomas el sufrimiento como aforismo en lugar de cómo motivación. Crees que mereces ver el fuego expandirse y que lo que te corresponde es dejar que se canse para luego poder llorar por lo quemado y decir "pobre de mí". No, señor. No son así las cosas. Por qué preocuparse, cuando es mejor hacer. – Atrapó el brazo contra las falanges. Lo aproximó a mí. – pero siempre hay que hacer las cosas estando relajado.

Un fantasma frío pasó por mi palma cuando sujeté el vaso, y antes de que ese fantasma corrompiera de ácido mi garganta, el olfato detuvo el trayecto; olía a calor, olía a un calor que podía saborearse con un murmullo dulce, tal vez poseía el color de la miel, tal vez podría imaginar que poseía su sabor.

Atravesé contra mi aliento el líquido; sólo bastó inclinar el codo una vez para vaciar el recipiente. Un incendio se acopló al pecho, la clase de

incendio que te resguarda en vez de calcinarte.

El doctor ya había abierto la botella cuando volvió a llenar el vaso.

– ¿Por qué nos preocupamos? ¿Por qué insistimos en caminar contra el tráfico cuando podemos ir por la acera? Nuestra meta ahí está, no va a moverse.

El vaso ya lo tenía pegado a mi abdomen cuando comencé a resguardar sus palabras. El doctor gastaba oxígeno trasfiriendo una apacible palmada en la espalda, porque de pronto asemejar a mi ex esposa escabulléndose al cine con nuestro vecino, Rubén, se sentía como simplemente haber brindado un estornudo al exceso de polen en el aire o a secarse sudor con la mano. La tristeza se atenuaba, diluida por el calor en mi pecho, el calor que me ayudaba a atrapar la imagen de mi jefe, Gerardo Sánchez, y convertirlo en una brasa que todavía resguarda un atisbo de vida para poder suplicar. ¿Acaso este calor puede presentar las ramas necesarias para encender la antorcha de la amistad con el tipo detrás de mi escritorio?

Tonto fui al aceptar una amistad que no me convenía.